

# **MI QUEHACER EN LA DOCENCIA Y EN LA INVESTIGACIÓN**

## **JORNADA CIENTÍFICA UNIMETA**

**Por: Nancy Espinel Riveros**  
Profesora MEUM  
Corporación Universitaria del Meta

En días pasados recibí una llamada de la Doctora Olga Guerrero de Díaz, Vicerrectora Académica de esta Corporación Universitaria, para invitarme a participar en la Jornada Científica con una conferencia acerca de mi quehacer como investigadora y docente en el campo de la antropología y de la historia. Quiero agradecerle la invitación, pues me llevó a recordar mi vida académica desde cuando era alumna del programa de antropología en la Universidad de los Andes, mi paso a la docencia y finalmente mi vinculación a la investigación en historia regional, con un énfasis muy especial en el departamento del Meta y Villavicencio.

Quiero decirles que la antropología se define como el estudio del hombre en sus dos dimensiones fundamentales, la física y la cultural, razón por la cual su objeto de estudio se divide en antropología física y antropología cultural. Yo me incliné por la última, cuyo objetivo central es el estudio de la cultura, presente en cualquier escenario de la existencia humana. En las comunidades tribales, en los países industrializados, en lo más recóndito de la amazonia suramericana, en las congestionadas y polucionadas calles de Tokio, Nueva York o México. En fin el hombre a través de todos los tiempos, ha tenido que relacionarse con otros, ha regulado su comportamiento a través de instituciones de carácter político, social, familiar, religioso y por supuesto se vale de la naturaleza y sus recursos para adaptarse al medio y vivir en sociedad.

Pero bueno, la intención no es extenderme en ese tópico, se trata más bien de una somera introducción, para contarles como fue esa disciplina, la que a través de sus diferentes materias, tales como etnología, lingüística, arqueología, etnohistoria y otras más, abrió mis ojos hacia un desempeño en la docencia y en la investigación y me permitió penetrar en el conocimiento cultural del llano, región en la cual he tenido la fortuna de haber nacido y la cual ha ejercido una magia especial en mi vida personal y profesional.

Así las cosas, una vez terminé las materias del plan de estudios de antropología, jamás dudé que el llano sería el ámbito más interesante para desarrollar la monografía de grado, requisito para optar al título en antropología y vi en la etnología (el estudio de los grupos humanos), el campo propicio para adelantar mi proyecto de investigación en el cual quería demostrar el impacto que la colonización ejercía sobre las comunidades aborígenes de los Llanos colombianos.

Mi profesor de la cátedra de Metodología de la Investigación, me alentó para hacerlo no sin antes advertirme que debía definir muy bien el marco teórico, las hipótesis, variables, universo y demás elementos de la investigación, porque de lo contrario el tiempo previsto de cuatro meses se podía convertir en seis. Ubicar la etnia en la cual quería desarrollar mi propuesta, no fue difícil. Debido a una finca que mis padres tenían en la vía Puerto

López – Puerto Gaitán, yo estaba conectada con ese medio natural y cultural. Las matas de monte, los ríos desmadrados de la llanura, la sabana ilímite, sus poblaciones aborígenes, el casabe y el mañoco derivados alimenticios de la yuca brava y base de la alimentación de esas etnias, el arte de dormir en hamaca y lo más molesto de todo el jején, insecto pequeño que en las horas de la mañana y de la tarde no deja de fastidiar.

Finalmente y después de recorrer durante una semana, los resguardos de Puerto López y Puerto Gaitán, me decidí por los Achagua, etnia perteneciente a la familia lingüística Arawak del resguardo de Umapo en las costas del río Meta en el municipio de Puerto López. Permanecí cuatro meses allí, y quiero comentarles que como experiencia profesional magnífica, pero como experiencia de vida excelente. La comprensión de otra racionalidad cultural diferente a la del mundo occidental que nos caracteriza, es una enseñanza de vida que no se aprende ni en los textos ni en las aulas. Hay que vivirla, percibirla y asimilarla en esos contextos.

Entre las experiencias vividas, la que más me llamó la atención, fue la realización de “El trabajo de campo”, parte de la metodología desarrollada por la antropología para abordar el trabajo de investigación. Quiere decir que el contacto directo del investigador con los sujetos de estudio (en este caso Los Achagua) mediante la convivencia y participación diaria en su *modus vivendi*, se convierte en el laboratorio principal del antropólogo. Como viven, sus tradiciones, su comportamiento habitual, sus prácticas como cazadores, recolectores y pescadores, son otros de los muchos aspectos que deben estar a la orden del día en el diario de campo de un antropólogo cultural. Al regresar del trabajo de campo, fue preciso confrontar la información obtenida con otras fuentes escritas para tener un mayor espectro en los resultados de la investigación.

A los pocos meses de haber obtenido el título como antropóloga, me vinculé a la naciente Universidad de los Llanos, como directora de Bienestar Universitario. Por fortuna, el destino, me alejó de la burocracia universitaria y me ubicó en el camino de la investigación, y en este caso en particular se realizaría con un equipo interdisciplinario integrado por una trabajadora social y dos instructores del Sena en el área de agropecuarias, y que tenían por objetivo conocer por qué los cursos de capacitación en agricultura, ganadería, primeros auxilios, nociones contables, sastrería, modistería entre otros, que esta última institución desarrollaba en las comunidades aborígenes de la selva colombiana, no tenían el éxito esperado. La Unillanos me autorizó y yo viajé con mis compañeros al Vaupés, corazón de la amazonia colombiana, selva húmeda tropical, cruzada de ríos encajonados y de color aceitoso, infestados de alimañas, maraña boscosa e impenetrable en la cual hay que cogerle el paso a los indígenas o si no se corre el riesgo de que la manigua se lo trague a uno.

A diferencia de la primera experiencia con los Achagua y en la cual todavía era estudiante regular de la Universidad de Los Andes, aquí el reto era como profesional y con un equipo calificado que tenía la experiencia en la capacitación y formación de las comunidades aborígenes en los numerosos cursos que el Sena desarrollaba en la región. Es decir ellos tenían la práctica y yo la teoría. El área de trabajo se circunscribió a los asentamientos indígenas de Acaricuara, Monfort, Piracuara y Teresita de Piramiri, habitados por las etnias pertenecientes a la familia lingüística Tukano, entre las cuales se pueden citar los Desano y Piratapuyo. Comunidades todas ellas, ágrafas, razón por la cual la tradición

oral es la herramienta metodológica más acertada para aproximarse a la comprensión del objeto de la investigación.

Del análisis e interpretación de la información recogida durante nuestra permanencia con dichas comunidades, resultaron conclusiones muy importantes. No es este el momento para presentarlas en su totalidad, pero sí para dejar en claro, que son situaciones que se deben entender solo en ese contexto cultural y que al ser desconocidas, por el Sena, no permite que la comunidad receptora es decir los aborígenes, los apropien, los asimilen y mucho menos que los pongan en práctica que es finalmente el objetivo deseado.

Permítanme ilustrar la situación anteriormente presentada con tres ejemplos: en la modalidad de primeros auxilios no se debía capacitar a las mujeres porque en la división del trabajo vigente por ese entonces, ese rol le compete a los hombres que ejercen como curacas o piaches (médicos de la tribu) y no a las mujeres. En la modalidad de la capacitación de aborígenes como instructores, para que fueran ellos mismos y en su propio dialecto, quienes impartieran sus conocimientos a sus hermanos de raza, un aborigen de la tribu Nukak-Maku no podía capacitar a otro de la tribu Desano porque en la mitología de la Canoa Guió, jerárquicamente la tribu Nukak- Maku era inferior a la tribu Desano. Volverlos ganaderos después de haber sido cazadores, recolectores y pescadores, no ha sido fácil. La explotación ganadera implica una mentalidad de ahorro propia de los colonos y ganaderos y heredada de los españoles, mas no de las comunidades aborígenes que viven al día y para el día. En fin avasallar al aborigen desde el mundo cultural de la sociedad nacional con la errada convicción de que lo que es óptimo para esa sociedad mayoritaria lo es también para ellos, solo les ha traído pobreza y menoscabo en su dignidad cultural.

Al respecto cabe comentar que la responsabilidad del fracaso en el éxito de los citados cursos de capacitación recaía sobre la sección Técnico-Pedagógica del Sena en Bogotá, unidad desde la cual y con un criterio eminentemente centralista se diseñaban los contenidos de los cursos de capacitación que se programaban en todo el país. Se desconocía que Colombia es un país diverso en su naturaleza y en sus culturas y que no permite y mucho menos cuando de impartir conocimiento se trata, la homogenización de contenidos para ser trasmitidos a lo largo y ancho de la geografía nacional. Los colombianos somos tan extraordinariamente diversos que es un error garrafal considerar que las 60 etnias aborígenes que sobreviven en el país se mueven en un mismo contexto cultural, que los afro-descendientes del Pacífico y del Atlántico, por ser originarios del continente africano responden culturalmente de igual manera, que un campesino de los Andes y un colono de la Macarena comparten la misma sensibilidad cultural, o que un bogotano cachaco se mide con el mismo rasero cultural que un antioqueño de Medellín.

Entregados los resultados de la investigación, como suele ocurrir en la mayoría de los casos en nuestro país, fueron a parar a los estantes de los funcionarios de turno y de esas recomendaciones ninguna se puso en práctica, como lo pude corroborar cinco años más tarde cuando trabajé directamente con el Sena en la dirección del Meta y Territorios Nacionales, como se denominaban por aquella época los departamentos hermanos de Casanare, Arauca y Vichada.

Inicié mi experiencia en la docencia universitaria en la misma Universidad de los Llanos, que por ese entonces incorporó la asignatura de Antropología Cultural en los programas de Veterinaria y Enfermería. Les cuento que al comienzo me dio pánico, pues era escasamente una antropóloga, mas no tenía la formación en docencia universitaria. El primer año, me sentía casi incapaz. ¿Cómo se elabora una guía de clase para una materia inserta dentro de un plan de estudios?, ¿cuál es la pertinencia de la antropología cultural en la veterinaria y la enfermería?, ¿qué porción del tema previsto preparo para una sesión de 45 minutos?, ¿qué estrategias didácticas voy a implementar?, etc., etc., etc. Con disciplina y perseverancia lo logré. Iniciaba mi vida académica con una perspectiva bien interesante, la investigación ligada a la docencia, la retroalimentación entre la una y la otra enriquece completamente el proyecto académico.

Allí estaba, cuando el Vicerrector académico de la Unillanos, doctor Rafael Mojica García, me invitó a formar parte de la fundación de la Corporación Universitaria del Meta. Era el año de 1982. La sociedad del Meta en general lo consideraba una quijotada y mi familia no le veía mayor perspectiva. No obstante, al final y más por mi insistencia y terquedad que por un propio convencimiento al respecto logré el apoyo de ellos.

El 5 de agosto de 1985 el Ministerio de Educación le otorgó la personería jurídica a la Corporación Universitaria del Meta, y en 1986, me vinculé como docente del MEUM que contaba en su estructura curricular con las cátedras de historia del Meta y Villavicencio. Otra oportunidad más se me daba en la vida académica. Era la primera vez que una institución de educación en la región, tomaba la determinación de insertar la historia regional como parte de la formación integral de sus egresados y con un objetivo claramente establecido. La historia como disciplina de la ciencia social y humanística, que permite estudiar, interpretar y analizar los procesos sociales, económicos, políticos, religiosos que han hecho posible la existencia del Meta y su capital Villavicencio. Por esta razón el reto era mayor y ello me obligó a entrar de lleno en la investigación de la historia regional. El Meta y Villavicencio han sido si se quiere, desde ese momento, mi pasión.

De ese maravilloso ejercicio de docencia e investigación, surgió la duda que me llevó a cuestionarme acerca de los orígenes de Villavicencio y de una supuesta fecha de fundación, que según quienes la sostenían era la del 6 de abril de 1840. Con la valiosa colaboración del académico Antonio José Rivadeneira Vargas, Miembro de Número de la Academia Colombiana de Historia, invitado en 1985 por esta Corporación Universitaria a la instalación de La Sociedad Bolivariana del Meta y los Llanos Orientales y quien se interesó por el tema, profundicé en la investigación hasta lograr demostrar que la citada fecha no cuenta con ningún sustento académico y que lo que ocurrió en el antiguo Gramalote origen de la hoy capital del Meta fue un proceso de colonización espontánea ligado a los pueblos del oriente cundinamarqués, tales como Caquetá, Chipaque y Quetame entre otros y cuyos pobladores comercializaban ganado entre San Martín y Bogotá.

Planteada esta situación el mismo doctor Rivadeneira me instó para que publicara los resultados de la investigación, que aparecen presentados en el libro titulado “Villavicencio Dos Siglos de Historia Comunera. 1740-1940” que cuenta con dos ediciones. La primera publicada en 1989 bajo los auspicios de la Cámara de Comercio de Villavicencio y la segunda publicada en 1997 por la Unimeta y el Fondo Mixto para la Promoción de la

Cultura y las Artes del Meta. Este libro se constituyó en el texto básico para las cátedras del Meta y Villavicencio y es de amplio reconocimiento en el ámbito académico regional. Esa investigación hizo posible mi ingreso como Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia en noviembre de 1999, ocasión para la cual presenté una ponencia titulada “Emiliano Restrepo Echavarría. El Colonizador de los Llanos”.

El año pasado y por invitación del gerente del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y Las Artes del Meta, escritor Jaime Fernández Molano, estuve vinculada como co-investigadora en el proyecto de investigación titulado “La Historia Empresarial en el Meta. 1960-2005”. Esa investigación fue cofinanciada por la Electrificadora del Meta, cuyo gerente el doctor Víctor Rivera quiso rendir un homenaje a los 25 de años de creación de la Electrificadora del Meta y a la vez hacer un aporte valioso a la historia empresarial de nuestro departamento. Los resultados saldrán a la luz pública en los próximos meses.

Actualmente y en representación del Centro de Historia de Villavicencio, estoy vinculada al proyecto de investigación adelantado por La Corporación Cultural Municipal de Villavicencio (Corcumvi) sobre “El Patrimonio Cultural Inmueble del Centro Fundacional de Villavicencio”. A él también está vinculada esta universidad, con la facultad de Arquitectura representada por el arquitecto Ángel José Núñez de Velasco, La Sociedad Colombiana de Arquitectos, Regional Meta, en cabeza de la arquitecta Elizabeth Céspedes y la Sociedad de Ingenieros del Meta con el ingeniero Néstor Raúl Acosta.

Este equipo interdisciplinario, en calidad de comité operativo adelanta la investigación del patrimonio cultural inmueble de las 54 manzanas que conforman el centro fundacional de Villavicencio. Quiero resaltar que la presencia de la universidad ha sido valiosa, toda vez que a ella han estado vinculados, alumnos de la facultad de Arquitectura que bajo la dirección del arquitecto Núñez de Velasco hicieron el levantamiento arquitectónico de aproximadamente 120 inmuebles del ya citado Centro Fundacional de Villavicencio. Esta investigación única en su género en el municipio de Villavicencio, será publicada en el segundo semestre del año en curso.

Para finalizar quiero comentarles que este camino académico que inicié en Unillanos y continúa en Unimeta me llena de máxima satisfacción. Ojalá de esta jornada científica, surja una reflexión seria y comprometida en torno al fortalecimiento de la investigación y muy especialmente orientada a esta nuestra región de los Llanos Orientales.